

## *La estela imborrable de un maestro*

ANTONIO HERNÁNDEZ-SONSECA \*

A

unque el poeta Eliot escribiera que los hombres eminentes de letras, todos ellos, ingresan un día en la oscuridad, lo considero una profecía incumplida en la persona de don Julián Marías, “pensador y escritor de cinco estrellas”. En aquella mañana invernal, previa a la Navidad del 2005, sin hacer ruido, se nos ausentó físicamente de la escena de la vida; momento que muchos vivimos como un trance doloroso y personal; todo un adiós con distinción callada; toda una cuestión de estilo en medio de nuestra tristeza; hasta el final supo dejar una nota acentuada de elegancia interior. Se cumple un año ya y siguen vivas sus lecciones de ayer, germen de una amistad para toda la vida; el fuego de las almas grandes no se apaga y muchos nos seguimos calentando en ese fuego.

Dejó aquí semillas y caminos abiertos; su realidad humana era tan grande que su compañía perdura. No todos al despedirse dejan el mismo hueco. Recuerdo que muchas noches, al finalizar las lecciones del curso y manifestarle agradecido mi “¡Que descanse!”, solía responderme puntualmente: “Prefiero no descansar. La vida no debe descansar”.

Ahora en su ausencia física comprendo con mayor claridad aquellas líneas de Unamuno tantas veces citadas por él: “Cuando me creáis más muerto, retemblaré en vuestras manos; aquí os dejo mi alma; cuando vibres todo entero, soy yo quien en ti vibro”. Vivir es lo que más importa; no desistir de la vida; detenerse es apagarse. Su magisterio, más que una estrella fugaz o la felicidad de un único verano, sigue siendo para muchos levadura y una invitación permanente a proseguir la marcha en una fuga constante hacia esos horizontes que su palabra nos iba despejando para que viviéramos inquietos y anhelantes.

Su amistad vive transfigurada en recuerdos imborrables. Era el centro gravitatorio de muchas inquietudes; aquella geometría sentimental tan

---

\* Canónigo de la Catedral de Toledo. Profesor de Filosofía..

bellamente retratada por Ortega en uno de sus ensayos. Desapareció pero perdura la estela de la persona misma que no ha caído en la oscuridad. Su adiós no ha interrumpido lo esencial; podemos seguir paladeando más y mejor en esta ausencia sus escritos transparentes, sus palabras sabias y sus cursos inolvidables. Muchos recuerdos que suscribirían aquellos versos de Baudelaire: “Je ne vais que infini par toutes les fenetres”.

Muchos son los senderos y las huellas de luz que él acertó a configurar la cartografía de nuestra interioridad.

No tengo reparo en calificarle como “maestro de cinco estrellas”, como un Sócrates redivivo provocándonos desde su conciencia reflexiva; libre y por lo mismo solo. Comprendo que un poema sufi califique de milagro el que existan personas con la misión de “espías del alma” porque saben introducirte en la alquimia geométrica de la realidad vital. Nos hacía vivir con ansia de claridades. Nos permitía soñar un mundo libre de tantas suplantaciones de la verdad. Sus lecciones, o mejor sus conversaciones cordiales, carecían del acento final; no se interrumpía su curso porque él no intentaba cegarte ni suplantar en tu asimilación personal responsable. Nada quedaba fijamente determinado: todo quedaba en juego. La vida humana ejercitada a fondo no tenía para él parentescos con las figuras de un museo de cera ni con ese silencio estepario de una falta de sentido; más que un participio (factum) la vida reclama ser asumida en gerundio, como un ir aconteciendo en estado germinal y en espera permanente. “Y si la realidad y la vida”.

Te despertaba el deseo de saber, haciéndote entrever fruitivamente cuestiones palpitantes de vida con ese carisma suyo de pensar en vivo ante nosotros, nunca como un funcionario del saber ni como un ejecutivo cumplidor. Sabía conjugar en armonía la razón y la vida, esas dos dimensiones que en que tiene que vivirse la condición humana y que conjuntadas nos permiten restañar, según Ortega, nuestra unidad tantas veces perdida u olvidada. Con su guía, en versión actualizada de la alegoría platónica de la caverna, podíamos salir con asombro hasta la claridad y adivinar los rastros más enérgicos de la realidad histórica del momento. Te proporcionaba una tonicidad vital para evitar los desenfoces y malos planteamientos que afectan a la vida humana. Te hacía mirar de frente los temas fuertes en que debemos instalarnos así como las carencias que aquejan más al hombre en la hora presente desmitificando los tópicos y modas circulantes que mueven a las masas. Uno tenía la seguridad de avanzar en una conciencia más clara de la semántica humana. Palpabas la esencial problematicidad de todo lo humano: siempre expuestos, inestables, y en tantos casos sin tierra firme ni horizontes despejados. Y sentías como un atributo constitutivo del quehacer humano el intento de saber a qué atenernos estando a la altura y a la profundidad del presente; sólo llega a perdurar realmente aquella filosofía que en verdad procure ser pensamiento de su tiempo. Cuántas veces pudimos escucharle esta creencia en que él vivía sostenido: “Darse uno cuenta... entrar en razón... No resbalar sobre cuestiones capitales... erradicar mentiras y distorsiones vigentes... superar la frialdad del academicismo... ésta es la forma primaria y la más urgente de saber. Así haremos justicia a la realidad y a nosotros mismos”.

Y en todo momento pudimos comprobar en él con clarividencia que la gran creación de la inteligencia humana, por encima de todo, es la bondad: su estilo era el mejor argumento.

Desde el ámbito personal del recuerdo conservo agradecido aquella sementera esencial de tantas lecciones archivadas como una levadura y promesa de nuevos horizontes en curso. Vivir es también soñar y conservar esta herencia que no puede disecarse. Sigo convencido de que tenemos cercano a un maestro de cinco estrellas a quien preguntar y ante quien preguntarnos. Por algo será que su fuego nos calienta y nos sigue arrojando luces de verdad vivificantes.

Cuánta trascendencia entrañaba aquel aforismo suyo: “A mí me gustan las personas que no son totalmente de este mundo”. Su vocación de guía y mediador que sabía equiparnos para la vida, no ha concluido, aunque debemos habituarnos a su ausencia física. La familiaridad de la rutina nos tenía habituados a este regalo grande que la Providencia de Dios puso en los caminos de nuestras vidas; ahora llegó el momento de rehacer y proseguir esta obra en curso desde y con don Julián. La obra de un maestro debemos apreciarla como la punta de un iceberg sobre un volumen inmenso de energía y virtualidades ocultas que podemos y debemos descubrir o adivinar. Obligados estamos a desentrañar esta herencia de un maestro que nunca buscó ni la originalidad ni la dependencia del mercado, de la fama o del aplauso. Un maestro no abandona ni te deja de la mano. Ya no le vemos con ese campo reducido y externo de los ojos; ahora es la memoria del alma la que nos lleva adelante en la comprensión. La muerte, nada interrumpe. Él creía, y así lo confesaba, en esa verdad cristiana, de la que apenas se habla, que es la Comunión de los Santos. La muerte, lejos de sumergirte en las sombras, marca el inicio de una forma de vida, nueva y definitiva. Seguro que desde la otra orilla nos estará recitando aquellos hermosos versos de Gerardo Diego:

“Me llamáis profesor; no enseño nada.  
Soy el hermano mayor que os acompaña  
a descubrir en vuestra propia entraña  
respuesta a las preguntas necesarias.  
Un día moldearé un verdadero discípulo.  
Moldearé su alma de niño.  
Le haré distinto de mí y de todo: él mismo.  
Me guardará respeto y cariño.  
Y ahora os digo: amigos, brindemos por ese niño”.